

El humano

Mi nombre es Juan Saulo y soy vampiro desde hace más o menos 100 años.

Nací a finales del siglo XIX en A Coruña, el segundo hijo de un Banquero, familia de banqueros, mi hermano mayor era el típico hijo bueno, muy estudiante al principio y muy trabajador después, enseguida entró en el negocio familiar, después se casó con una heredera Gallega. Sin embargo yo siempre he sido rebelde, mujeriego...

Era una buena época, la verdad es que no se me daban mal las finanzas, pero siempre encontraba algo mejor que hacer, se me daban mejor las relaciones públicas, conocer gente, abrir nuevos mercados, ese tipo de cosas.

Por ello dediqué gran parte de mi tiempo a viajar, principalmente por Francia y Gran Bretaña, aprendí ambos idiomas e intenté diversificar los negocios de la familia, aunque la realidad es que estuve en más fiestas y saraos que en mesas de reuniones.

En aquella época yo tenía 27 años y mi hermano iba a tener un heredero, es una rata de biblioteca, pero nos llevamos muy bien, le quiero mucho, y él a mi también, el niño se va a llamar Juan, mi cuñada es una gran mujer, hacen una gran pareja, y se la tiene mucho aprecio en mi familia, con motivo del nacimiento del niño se hizo una gran fiesta en el Pazo de O´mariña.

En la fiesta conocí a Rosa...

El encuentro

Rosa, esa mujer no era de este mundo, simplemente al verla captaba tu mirada, hacía desaparecer todo lo que estuviera alrededor, alta, rubia, con unos ojos azul profundo en los que te "secuestraba", te hacía sentir en un plano de existencia paralelo, sin paredes ni suelo ni techo, sólo un punto azul en el centro del universo justo en su mirada.

Tardé un tiempo en reponerme del impacto de su mirada, y fui a hablar con ella, estaba rodeada, supongo que la gente también se sintió atraída por ella, la competencia nunca me asustó, por el camino me encontré a mi hermano que me dio unos datos sobre los que edificar mi estrategia, era francesa, parisina, y no la conocía mucho más, pero me aconsejaba prudencia. Fui prudentemente a su lado y comencé a hablarla en francés, me costó una dura pelea con los machos competidores pero al final conseguí perderme un rato a solas con ella en la fiesta. Hablamos y hablamos, de todo un poco, finanzas, filosofía, arte... Quedamos para la siguiente noche.

La noche siguiente en un local de música en vivo en la ciudad seguimos hablando con la música y una copa de *whisky* de malta en la mano. Sólo conseguí un adiós que me supo a hiel, no era la primera vez que perdía una batalla y ganaba la guerra, torres más altas habían caído.

La seguí, la noche era como son las noches en el norte, frías, húmedas, místicas, con las meigas correteando por las calles al amparo de la oscuridad. La seguí, andando por calles en las que jamás había estado, cuando creí que me había perdido en los suburbios de mi ciudad natal siguiendo a una extranjera de la que no sabía a penas nada, levanté la mirada y estaba ella, delante mirándome fijamente, con una media sonrisa de la que nada bueno cabía esperar, “ No me sigas” me dijo, era demasiado obvio, un “no es lo que parece” lo hubiera estropeado todo, quedar como un patán no es la solución en estos

casos, en dos minutos me despachó, dejó claro que sólo nos volveríamos a ver si me portaba bien, dos días me pidió que la dejar en paz, y dos días tuvo.

Esos dos días fueron los más largos de mi vida, anduve preguntando, investigando ansioso por su pasado, alguien debía saber algo, alguien tenía que saber, si hubiera conocido mi futuro hubiera disfrutado del sol de la mañana, de los dos amaneceres que me quedaban vivo.

El abrazo

Dos noches después me fui a su encuentro, me había llegado una breve epístola por la tarde citándome en el mismo lugar de aquella noche. Puntual me dirigí a su encuentro, me llevó un coche de caballos hasta la cita, antes de bajar me arreglé el nudo de la corbata, despedí al conductor, y me coloqué mi sombrero de copa. Entré en el local, ella estaba dónde la otra vez, en la misma mesa, apartada pero bien situada, de modo que se podía escuchar perfectamente el concierto, sentada de la misma manera con un traje de gasa encarnado, ajustado resaltando todas las curvas de su cuerpo, más parecida a una elfa que a una humana, delgada, alta, maravillosa, perfecta. Con su pelo largo, rubio, fosco, hasta la mitad de la espalda sin taparle la cara, una cara preciosa, de muñeca de porcelana, unos labios rojos carmesíes y unos ojos azules, penetrantes, profundos. Y ella lo sabía, es increíble el poder que tiene un mujer y como es consciente de él y lo utiliza.

Antes de sentarme ya sabía que estaba perdido, pero no sabía cuanto.

Me senté a su lado, pedí mi copa de *whisky*, y ella le dijo al camarero “lo de siempre” hasta entonces no me había fijado que tomaba un líquido rojo, denso siempre en una

copa de champagne.

Hablamos un rato, y cada palabra me embelesaba más, me hacía perderme más en el azul de sus ojos. Entonces se puso un poco más seria, me dijo que iba a hacer un viaje y que no la volvería a ver. Eso no podía ser, no me podía separar de ella, le dije que la acompañaría, “no podrás volver de este viaje, y no te voy a esperar” en décimas de segundo comprendí que si la dejaba ir nunca sería el mismo, estaba decidido, me iría con ella hasta el infierno si fuere preciso, y lo fue.

Salimos del local anduvimos hasta la playa de Riazor, todo tranquilo, no había gente, la noche fue buena conmigo, como si supiera lo que iba a pasar, en un momento dado me besó, y acepté el beso, seguimos en la playa hicimos el amor, fue tan maravilloso como deseado, como cuando se culmina la empresa más grande de la vida, lo que no sabía es que iba a ser la última vez de mi vida. Cuando estábamos en el clímax acercó sus labios a mi cuello, y mordió. Nunca he sabido definir esa sensación de placidez y calma, pero a la vez deseo y angustia, el hecho es que bebió de mí, hasta la última gota de mi sangre y cerré los ojos, no sé cuanto tiempo pasó, pero de repente tuve hambre, mucha hambre y abrí los ojos, ella estaba encima con una mueca de satisfacción y felicidad en su cara, en su boca goteaba mi sangre todavía entre sus colmillos, me miró, sonrió y se cortó con una uña su cuello, “bebe” , dijo y me lancé a su cuello y bebí.

El despertar

La noche siguiente fue muy dura, la transformación no había acabado y me seguía doliendo todo el cuerpo como si me estuvieran martilleando los siete enanitos y Blancanieves, todos a la vez y con muy malas ideas. A esto hay que sumarle que me

estaba enterando de que me había convertido en un no vivo, que no vería, nunca más el sol que no volvería a ser humano, la verdad es que es una experiencia que no se la recomiendo a nadie, tanto es así que en un siglo de vampiro nunca he hecho un vástago, nunca he querido abrazar a nadie.

Tardé toda una semana en ser consciente de mi cambio, Rosa me intentaba explicar una y otra vez las maravillas de la noche, y es cierto que el placer que se siente cuando bebes de un recipiente no es comparable a nada en la vida, pero la tristeza y la angustia de saber que no estás vivo tampoco. La decisión estaba clara, Rosa se iba a París, y yo me iría con ella, antes de partir volví a casa, entré por una ventana y desperté a mi padre y a mi hermano, les reuní en la biblioteca, al principio sus caras eran de reproche, no entendían por qué tenía que desaparecer una semana sin dar señales de vida, según pasaba el tiempo y les aclaraba que jamás tendría vida que señalar las cambiaron por tristeza y desolación. No sabíamos que hacer, como tratar la situación y al final convenimos que seguía teniendo una parte de ser vivo, y que me ayudaría seguir teniendo a mi familia, pero hay que ser discretos, sólo conocerían mi existencia los primogénitos, sería el tío raro que viene de vez en cuando a vernos, muy de vez en cuando, y yo ayudaría a mi familia en lo que pudiera. Así se ha hecho desde entonces, Juan ha sido un gran hombre, le he visitado varias veces y hemos hecho “negocios” juntos, creo que muy beneficiosos para ambos, la verdad es que se parece mucho a su padre, ha tenido tres hijos y la primogénita es una mujer, Almudena, es una mujer fuerte, quizá un poco adelantada a su tiempo, en algunos momentos de su vida ha tenido algún problema con algún personaje, pero todo se ha podido “solucionar” sin que se llamara mucho la atención, también han sido tiempos fructíferos para todos. Ahora está esperando su primer nieto, su hija Paloma ha seguido su estela de gran mujer de

negocios y está embarazada de un varón, creo que se llamará Juan, su madre ha insistido en que es un nombre con cierta tradición familiar, la verdad es que es un honor y ella no olvida los favores que le hice hace tiempo.

Después de salir de La Coruña fuimos a París, aprendí muchas cosas de la sociedad vampírica, a grandes rasgos cada ciudad es un “principado” o una tiranía, me movía bien entre las fiestas, y Rosa estaba bien considerada en la ciudad, así que fue sencillo prosperar.

En la segunda guerra mundial luché contra los Nazis, la verdad es que fueron tiempos duros, pero no podíamos permitir que tomaran el poder del mundo.

Recuerdo especialmente una noche, en la que asaltamos un bunker enemigo, Rosa, unos amigos y yo, aquello fue una masacre, no me he sentido más avergonzado de mí mismo en la vida, o no vida, pero había que hacerlo, estaban aniquilando pueblos enteros, desgraciadamente no teníamos otra opción, todavía me duele recordarlo, de hecho creo que estoy a punto de derramar una lágrima, supongo que eso me hace más humano, lo que es la vida, aquel asesinato me hace sentir humano.

Al final se nos reconoció la lucha que habíamos mantenido, se nos condecoró y eso nos granjeó una gran amistad con el gobierno y eso mejoro la posición socioeconómica que tenía antes de la guerra. Viajé a Roma, Londres, Nueva York, Berlín... hice negocios florecientes en 3 continentes. Si, fue una buena época, mi casona fuera de París, mi ático mirando a los Campos Elíseos, mi Maseratti, las fiestas...

La caída

El mundo es redondo, es mi experiencia y tengo varias vidas de experiencia.

Mi no vida en París acabó como había empezado, por una mujer. Siempre he seguido teniendo contacto con Rosa, pero al tiempo me independicé cada uno tenía su vida, aunque siempre es grato tener a alguien a tu lado que te conozca tan bien, y con una relación tan “estrecha”.

Un día apareció una nueva vampiresa en la ciudad, no superaba en belleza a Rosa, no creo que ninguna mujer la pueda superar, y he conocido muchas, pero era sangre nueva, era fresca. Otro tipo de mujer, más mediterránea, más salvaje, morena, alta muy bien proporcionada, puro deseo. No sé de dónde vino, ni que hacía en París, pero la presentó el Señor de París en una fiesta y me vi obligado a cortejarla, el único problema es que Luc, un “hijo” del Señor, también se encaprichó de ella, tuvimos una lucha en la fiesta, dialéctica se entiende, delante de ella y obviamente gané, no aceptó la derrota y decidió vengarse en la siguiente.

Fue un mes después, una fiesta que organizó él para presentar sus nuevas “creaciones”, Luc se creía un artista, unos cuadros que obviamente no eran suyos, se reconocía al autor a distancia, apestaba a último recurso, pero como es “hijo” del tirano hay que reírle las cabriolas.

La verdad es que no fui capaz de reírse las, o si lo hice no debieron parecer suficientemente efusivas, el caso es que salió más enfadado de lo que entró en su fiesta y yo me fui con Elena, la vampiresa de la que he hablado, y disfruté toda una semana con ella.

Se lo tomó como una ofensa, estos parisinos no tienen sentido del humor ni saber perder. El caso es que con la aprobación del principado me retó en duelo. No hizo una caza de sangre porque era demasiado evidente, pero quedamos en una de las casas del príncipe, con nuestros testigos, el príncipe por su parte y Rosa por la mía, junto con otro amigo, Roman, que se portó como un caballero al aceptar ser mi testigo, la verdad es que no era una situación fácil para ellos, ponerse a mi lado de una manera tan descarada frente al elegido del príncipe.

La noche era estrellada, y el palacete del príncipe hay que reconocer que era maravilloso, tiene muy buen gusto. Fuimos a los jardines de la parte de atrás del palacete, cuidados al máximo detalle, tiene tres o cuatro “sirvientes” encargados de ello. Repartieron las pistolas, preciosas, de madera de ébano labradas en planta a la antigua usanza, maravillosas, cuando me la dieron pensé que si tenía que morir, ese arma era la indicada para quitarme la vida. Nos situamos todos en orden establecido, esto de los duelos tiene su liturgia, detrás de mi estaba Rosa, detrás de Luc, el ofendido, se situó el príncipe y a un lado el juez con los otros testigos. Nos pusimos en el centro, espalda contra espalda, con las armas en la mano, mirando a la noche. Las reglas del duelo son sencillas, las pistolas contienen una bala, como la ofensa es grave el duelo es a muerte, y las balas contienen un líquido mortal que garantizan un fallecimiento rápido y sin dolor, por lo menos eso dijo el juez.

Empezó la cuenta: une, deux, mi vida empieza a pasar por mi mente, como fotogramas, momentos concretos, trois, quatre, se acaba mi vida, empiezan los recuerdos de mi vida, cinq, six, con el resumen de mi paso por este mundo en la cabeza empiezo a pensar en las personas que he conocido, como me gustaría haberme despedido de ellos,

un regalo para cada uno, sept, Rosa, el tiempo entre un paso y otro, sólo para ella, al fin y al cabo se lo merece, huit, en este momento algo sonó en mi interior. Mire a los ojos de Rosa y vi algo raro, oí el disparo, parece que por una vez Luc iba a ser el primero en algo, me di la vuelta lo más rápido que pude, cuando estaba frente a él la bala silbó al lado de mi oreja, no creo que tuviera tan mala puntería, Rosa la debió desviar, seguramente no fue fácil, desviar algo tan veloz, ser capaz de concentrarse en la bala y cambiar su dirección en milésimas de segundo, delante del tirano. El segundo disparo salió de mi pistola, fue instantáneo, un impulso, no lo pensé, directo al corazón, en el silencio del jardín se escuchó perfectamente como entraba la bala en su cuerpo, como atravesaba el esternón y se alojaba en el corazón. Me acuerdo perfectamente de la cara de sorpresa de Luc, otra vez, y esta sería la última, había perdido un duelo conmigo.

Me giré a ver a Rosa, agradecerle que me salvara la vida, dos gotas de sangre recorrían su mejilla, desde la sien. Miré al príncipe tenía la misma cara de sorpresa que Luc, pero él seguía en pie, el juez no dijo nada. Roman esbozó una sonrisa, esto nos costaría caro, pero merecía la pena pagar el precio por vele la cara al Señor de París.

El desenlace no parecía del agrado del príncipe y no se contuvo demasiado, la ley es la ley, él es la ley y no se le puede desafiar. Yo tendría que abandonar la ciudad esa misma noche, para no volver nunca, mis pertenencias pasarían a manos del príncipe, a cambio mis amigos no sufrirían ninguna pena siempre que este acontecimiento se olvidara.

El primer avión que salía del Charles de Gaulle tenía destino Valencia, Rosa tenía un conocido allí. La despedida fue breve. Y apenas una hora después de disparar ya estaba en el aire. Adiós París. Adiós Rosa.